

ACTO QUINTO

Jardín.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO. ANTONIO.

ANT. Cumpliendo tu mandato, á ver á Tasso

Fuí por segunda vez, y de allí vuelvo.

Amonestéle instando con porfía,

Pero él no se separa de su idea,

Y ruega encarecido le permitas—5

Ir á Roma por corta temporada.

ALF. Estoy, de confesártelo, enojado,

Pero decirte que lo estoy preffero

A que aumente mi enojo si lo oculto.

¿Quiere partirse? ¡Bien, no lo detengo!—10

¿Quiere hacia Roma dirigirse? ¡Sea!

¡Con tal de que ese Médicis tan hábil

No me lo robe, ó Escipión Gonzaga!

Lo que hace á Italia grande es esa lucha

De un vecino con otro, los ingenios—15

Mejores por tener, y utilizarlos.

El príncipe que de hombres de talento

No se rodea, un general sin tropas

Me parece; y quien la poesía

No escucha, bárbaro es, sea quien quiera.—20

Yo encontré á éste y lo elegí; orgulloso

De él estoy, de tenerlo á mi servicio.

Y haciendo por él tanto, no quisiera

Así sin más ni más, perderlo ahora.

ANT. Confuso estoy de ser ante tus ojos—25

Culpable de lo que hoy aquí ha pasado.

Así, confieso sin dudar mi falta,

Cuyo perdón de tu bondad espero.

Mas si creyeres que cuanto es posible

No hice con él para reconciliarme,—30

No me consolaría. Una mirada

Dirígame, y benévola me vuelva

La confianza en mí mismo, y me sereno.

ALF. No, Antonio; está tranquilo; esto que pasa

A ti no lo atribuyo en modo alguno.—35

El carácter del hombre demasiado

Conozco; demasiado sé cuanto hice;

Cuánto lo he contemplado, por completo

Olvidando que de él derecho tengo

A exigir mucho. Dominar el hombre—40

Puede mil cosas, pero su carácter,

Ni la necesidad ni el tiempo pueden.

ANT. Cuando hacen otros mucho por un hombre,

Es justo que á pensar éste se aplique,

Qué es lo que á aquéllos puede serles útil.—45

Él, que tanto su espíritu cultiva

Y codicioso abarca toda ciencia,
 Todo conocimiento, cuyo logro
 Nos está permitido, ¿doblemente
 No debe dominarse? ¿Piensa en eso?—50

ALF. No es posible que en paz estemos; cuando
 Creemos gozarla, un enemigo
 Se presenta á probar nuestra bravura,
 Y un amigo á probarnos la paciencia.

ANT. ¿Cumple el deber del hombre á quien natura—55
 No marcó como al bruto su sustento,
 Su bebida y manjares eligiendo?
 ¿Y más bien seducir, por lo que halaga
 Su paladar, cual niño no se deja?
 ¿Cuándo mezcla su vino con el agua?—60
 ¡Especias, dulces y bebidas fuertes
 Ávido engulle, cosa sobre cosa!
 ¡Y se queja después de su tristeza,
 De su ardorosa sangre, y á la suerte
 Y á la naturaleza echa la culpa!—65
 ¡Cuántas veces, acerbo é insensato
 No le vi discutiendo con su médico!
 Si lo que á uno atormenta y á otros cansa
 Pudiera ser risible, diera risa.
 «Me siento malo»—dice quejumbroso—70
 Y disgustado. «¿A que alaban vuestro arte?
 ¡Curadme!»—El médico responde: «¡Bueno!
 Pues esto, y esto, hay que evitar.»—«No puedo.»—
 Pues tomad esta pócima.—«Imposible;
 Sabe horrorosamente, me repugna.»—75

«Bebed entonces agua.»—«¿Agua? ¡en la vida!
 Como á hidrófobo, el agua me dá miedo.»—
 «Pues no hallo medio de asistiros.»—«¿Cómo?»
 «Se vá un mal á otro mal amontonando,
 Y aunque matar no os puedan, cada día—80
 Van aumentando y padecéis.» «¡Bonito!
 ¿Sois médico para eso? Mi dolencia
 Sabéis, saber debíais su remedio,
 Y hacerlo grato, para que no tenga
 Más que sufrir, antes de estar curado.»—85
 ¿Tú te sonries? Sin embargo, es cierto,
 Y tal vez de su boca lo has oído.

ALF. Muchas veces lo he oído y disculpado.

ANT. Cierto es que así como pesados sueños
 Nos da la intemperancia, al fin acaba—90
 Por hacernos soñar en pleno día.
 ¿Qué es su desconfianza más que un sueño?
 Donde quiera que va, se cree rodeado
 De enemigos. Ninguno su talento
 Ve sin envidia, ni le envidia nadie—95
 Sin odiarle y cruelmente perseguirle.
 Así te ha fatigado con sus quejas:
 Cartas cogidas, cerraduras rotas,
 ¡Puñal, veneno, todas sus visiones!
 Has hecho investigar, é investigaste,—100
 ¿Y qué has hallado? Apenas la apariencia.
 Ni protección de príncipe le fia,
 Ni hay pecho amigo que le reconforte.
 ¿Y á un hombre así dar quieres calma y dicha?

- ¿Y de él satisfacciones te prometes?—105
- ALF. En lo cierto estarías, si buscase
 Mi provecho inmediato en él. Antonio,
 Ya llevo de ventaja el que no aguardo
 Utilidad directa ni absoluta;
 No todo de manera igual nos sirve.—110
 El que maneja muchas cosas, une
 En su especialidad cada una de ellas.
 Los Médicis así nos lo enseñaron,
 Y así los papas mismos nos instruyen.
 ¡Con qué indulgencia llevan estos hombres,—115
 Y longaminidad, y regia calma
 A más de un gran talento que parece
 No los necesitar y necesita!
- ANT. ¿Quién no sabe, señor, que los trabajos
 Son los que enseñan á apreciar los bienes?—120
 Él mucho obtuvo demasiado joven,
 Para poder gozarlo con mesura.
 Tuviera que ganar en un principio
 Lo que ahora se le ofrece á manos llenas,
 Y empleara sus fuerzas como un hombre—125
 Sintiendo su contento paso á paso.
 Un pobre hidalgo el término ha alcanzado
 De sus deseos, si para su corte
 Un príncipe eligiéndole, al abrigo
 De la necesidad lo pone. Si á esto—130
 Añade su confianza y á su lado
 Antes que á otros lo eleva, ya en las armas,
 Ya en los negocios ó en su trato mismo.

- Siendo un hombre modesto, bien podría
 A mi entender, dar gracias á su suerte,—135
 Bendecirla en secreto y apreciarla.
 Y aun á todo esto, Tasso une la dicha
 Al joven más hermosa, que su patria
 Le conoce y en él tiene esperanza.
 ¡Oh, créeme! Su enfado caprichoso—140
 Se apoya en la ancha almohada de su dicha.
 ¡Ya viene! Déjale ir, y dale tiempo
 Para que en Roma, en Nápoles, doquiera
 Busque con ansia lo que aquí le falta,
 Y que volver á hallar sólo aquí puede.—145
- ALF. ¿Es su deseo ir antes á Ferrara?
- ANT. Permanecer desea en Belriguardo,
 Y lo que ha menester para el viaje
 Lo hará traer por medio de un amigo.
- ALF. Está muy bien. Mi hermana y la Condesa—150
 Se vuelven á Ferrara y, yo á caballo
 A casa he de llegar antes que ellas,
 Y tú vendrás, después que de él te cuides.
 Las órdenes darás al mayordomo
 Para que pueda estar en el castillo—155
 Todo el tiempo que quiera, hasta que tenga
 Sus equipajes, y hasta que nosotros
 Las cartas le enviemos para Roma,
 Que pienso darle. Él viene. ¡Adios, Antonio!

ESCENA II

ALFONSO. TASSO.

TAS. (Reservado.) Tu favor, de que tengo tantas prue-
[bas,—160

A todas luces hoy se me aparece.
Has olvidado lo que en tu presencia
Hube de hacer, osado é irreflexivo.
Con mi adversario tú me reconcilias;
Tú me permites que por algún tiempo—165
Me aleje de tu lado, y en tu gracia
Te dignas conservarme generoso.
Parto confiado, y en secreto espero
Que este tiempo que pase ha de curarme
De todo cuanto á la sazón me aqueja.—170
Remontarse ha mi espíritu de nuevo,
Y en el camino en que va á entrar osado
Y alegre y alentado por tu vista,
Digno volverá á ser de tus favores.

ALF. Te deseo ventura en tu viaje,—175
Y que á nosotros vuelvas bien curado
Y satisfecho espero. Alegre entonces
Por cada hora que de ti nos privas,
Nos has de procurar ganancia doble.
Llevarás cartas para mis amigos—180
De Roma y servidores; tengo empeño
Que en todas partes sepas á los míos
Demostrar confianza, de igual modo

Que por mío te tengo, aunque alejado.
TAS. ¡Oh príncipe! Tú colmas de favores—185
A quien se siente indigno, y aun las gracias
No acierta á darte en el presente instante.
En vez de gracias te formulo un ruego:
Mi poema me interesa más que nada;
Mucho hice, y ni trabajo he escatimado,—190
Ni aplicación; mas todavía mucho
Que hacer me queda. Allí donde influyente
Se cierne el genio de los grandes hombres,
Allí quisiera yo en la escuela de ellos
Volver de nuevo á entrar. Así más digno—195
Sería de tu aplauso mi poema.
¡Oh! ¡Esas hojas devuélveme que ahora
Contemplo avergonzado entre tus manos!
ALF. Tú no querrás llevarme en este día
Lo que acabas hoy mismo de entregarme.—200
Entre tú y tu poema que me ponga
De mediador permite. Ten cuidado
Que el trabajo excesivo, de tus versos
La naturalidad no perjudique,
¡Y no de todo el mundo oigas consejos!—205
De los mil pensamientos variados
De tan diversos hombres que en su vida
Y en su opinión se contradicen, forma
Uno el poeta sensato, y no se asusta
De disgustar á muchos, pues con eso—210
A muchos quiere complacer. Con todo,
No digo que tu lima con cuidado

Pasar no debes por algunos sitios;
Te prometo también que en corto plazo
Una copia tendrás de tu poema;—215
El de tu mano quedará en las mías,
Para que yo primero con mi hermana
Me recree con él. Si traes la obra
Después perfeccionada, mayor gusto
Gozaremos, y sólo como amigos—220
En algún punto haremos advertencias.

TAS. Mi súplica confuso te reitero.
Haz que pronto la copia esté en mi mano;
Mi alma entera en esa obra he puesto, y quiero
Lo que puede llegar á ser, que sea.—225

ALF. El interés apruebo que te anima;
Pero, buen Tasso: si posible fuera,
Deberías primero cierto tiempo
Gozar libre del mundo, distraerte,
Tu sangre mejorar con buen sistema.—230
Repuestos tus sentidos, su armonía
Hermosa te daría lo que ahora
En vano buscas en tu ardor turbado.

TAS. Eso parece, príncipe; más sano
Estoy, cuando al trabajo puedo darme.—235
Y así, el trabajo la salud me vuelve:
Mucho ha que me conoces; no me sienta
La libertad opima. Lo que menos
En reposo me deja, es el reposo.
¡Ay! La naturaleza no dispuso—240
Que sobre días bonancibles fuese

Mi alma en el mar del tiempo á sumergirse.

ALF. Cuanto haces, cuanto sientes, te conduce
Más á hundirte en ti mismo. Ahonda el destino
Muchos abismos que nos cercan, pero—245
En nuestro corazón está el más hondo,
Y es tentador en él precipitarse.
Sálvate de ti mismo; lo que el poeta
Pierda, ganará el hombre. ¡Te lo ruego!

TAS. Contener este impulso en vano intento—250
Que se agita en mi pecho día y noche.
Si no he de meditar ni he de hacer versos,
La vida para mí no será vida.
Al gusano de seda hilar prohíbe,
Aunque á la muerte tanto hilar le acerca;—255
El precioso tejido desarrolla
De su propia substancia, y no lo deja
Hasta que en su mortaja no se envuelve.
¡Oh! Dénos algún día un dios propicio
El destino envidiable del gusano,—260
Que es, vivo, alegre, desplegar sus alas
En nuevo valle soleado!

ALF. ¡Escucha!
Tú, que los goces de la vida á tantos
Sabes doblar, que aprendas, te suplico,
A apreciar el valor de la que tienes—265
Por mil maneras rica. ¡Adios te queda!
Cuanto vuelvas más pronto á nuestro lado,
Tanto con más amor te acogeremos.

ESCENA III

TASSO

¡Firmeza, corazón! ¡Razón tenías!
 ¡Será difícil! Es la vez primera—270
 Que así disimular quieres y puedes;
 Tú lo has oído: aquélla, ni su alma
 Ni sus palabras eran. Que sonaba
 Me parecía aún la voz de Antonio.
 ¡Oh, ten cuidado! Seguirás la oyendo—275
 De todas partes. ¡Firme! ¡Tente firme!
 ¡Aun te queda trabajo para rato!
 El que ha aprendido tarde el disimulo,
 De ingenuidad conserva la apariencia.
 Saldrás bien, ejercítate con ellos.—280
 (Después de un rato de silencio.)
 ¡Muy pronto te gloriabas! Allí viene
 La princesa divina. ¡Qué emociones!
 ¡Aquí está! ¡Los recelos y el disgusto
 Conviértense en dolor dentro del pecho!

ESCENA IV

PRINCESA. TASSO, y hacia el fin de la escena los demás
 personajes.

PRI. ¿Piensas dejarnos, Tasso, ó, mejor dicho,—285
 Te quedas por ahora en Belriguardo
 Para alejarte luego de nosotros?

Espero que será por poco tiempo.
 ¿A Roma vas?

TAS. Hacia ella me encamino
 Precisamente. Allí, si como espero—290
 Bondadosos me acogen mis amigos,
 Quizás con atención y con paciencia
 A mi poema daré la última mano.
 Muchos que han de llamarse en todo arte
 Maestros, he de hallar allí reunidos.—295
 Y además, ¿no nos habla en la primera
 Ciudad del mundo, cada sitio y piedra?
 Con majestad solemne nos instruyen
 A millares, maestros que no hablan.
 Si allí no acabo mi poema, nunca—300
 Le daré fin. ¡Ay! ¡Siento por desgracia
 Que no he de tener suerte en cosa alguna!
 ¡Podré cambiarlo; darle cima, nunca!
 ¡Sí, lo siento muy bien! El arte grande
 Que á todos nutre, y á las almas sanas—305
 Da fuerza y brío, acabará conmigo.
 ¡Y me destierra! En toda diligencia
 Iré á Nápoles pronto.

PRI. ¿A eso te atreves?
 No ha habido indulto aun después del fallo
 Que recayó en tu padre y en ti mismo.—310

TAS. Juicioso aviso: ya he pensado en ello.
 Disfrazado he de ir: pondréme un traje
 Humilde de pastor ó peregrino.
 La ciudad cruzo, y entre el movimiento

De tantos, fácil es que uno se oculte.—315
 Llego á orillas del mar, donde una barca
 Con buenas gentes hallo, con paisanos
 Venidos al mercado, y que se vuelven
 A su casa; con gentes de Sorrento,
 Pues he de ir á Sorrento sin tardanza.—320
 Allí vive mi hermana, que conmigo
 Fué el triste gozo de mis pobres padres.
 Voy callado en la barca, y salto en tierra
 Silencioso también. Subo despacio
 El camino pendiente, y en la puerta:—325
 «¿Dónde vive Cornelia?»—les pregunto.
 «Sí, Cornelia Sersale.»—Una hilandera
 La calle me señala complaciente,
 Y me indica la casa. Sigo arriba
 Los chicos corren á mi lado y miran—330
 Al sombrío viajero despeinado.
 De este modo al dintel llego, la puerta
 Abierta se halla ya, y entro en la casa.

PAR. Abre, Tasso, los ojos si es posible,
 Y conoce el peligro en que te encuentras.—335
 ¿Te trato bien! Decir si no podría:
 ¿Es generoso hablar de esa manera?
 ¿Pensar sólo en sí mismo es generoso,
 Cual si no hicieses daño á tus amigos?
 ¿No sabes tú cómo mi hermano piensa?—340
 ¿Cómo los dos hermanos te apreciamos?
 ¿No has llegado á sentirlo, á comprenderlo?
 ¿En tan breves momentos, todo acaso

Cambió? ¡Tasso: si quieres alejarte,
 En pos de ti, pesares no nos dejes!—345
 (Tasso vuelve la cabeza)
 ¡Consuela tanto, cuando algún amigo
 Se va por algún tiempo, algún recuerdo
 Ofrecerle sencillo, aunque no sea
 Más que un abrigo de viaje, ó un arma!
 A ti, nada ofrecétese ya puede:—350
 Cuanto tienes rechazas con disgusto.
 Las conchas, el bordón y el negro sayo
 Del peregrino eliges. Te vas pobre
 Porque lo quieres, y de un bien te privas
 Que sólo gozar puedes con nosotros.—355

TAS. ¿Con que tú en absoluto no me arrojas?
 ¡Oh, dulces frases! ¡Oh, consuelo hermoso!
 ¡Ponme bajo tu amparo y me defiende!
 Déjame en Belriguardo, ó si no, envíame
 A Consandoli, donde bien te plazca.—360
 Castillos tiene el príncipe tan bellos;
 Jardines que se cuidan todo el año
 Tantos, y que pisáis escasamente
 Un día sólo, ó si se ofrece, una hora.
 El que esté más lejano y no reciba—365
 Vuestra visita nunca, que se encuentra
 Descuidado quizás; á ese mandadme
 Para que allí sea vuestro. Yo tus árboles
 He de cuidar; pondré á tus limoneros
 Para guardarlos, una empalizada—370
 Con su techo en otoño. En los arriates,

Las más hermosas flores, sus raíces
 Extenderán lozanas. Limpia y pulcra
 Estará toda calle y plazoleta.

¡Deja también que cuide del palacio!—375

Abriré las ventanas á su tiempo,
 Y la humedad no dañará á los cuadros.

Con un plumero fino, los preciosos
 Estucos limpiaré de las paredes.

Brillará de tersura el pavimento;—380

Desajustarse no han piedra ni teja,
 Ni hierba germinar en grieta alguna.

PRI. ¡Ni consejo en mi encuentro, ni consuelo

Hallo en mi pecho para darte y darnos!

A todas partes miro, por si viene—385

Un dios en nuestra ayuda; si una hierba
 Me descubre ó un brevaie que nos vuelva

La paz y que serene tus sentidos.

La palabra sincera, el más hermoso

Medio de curación, ¡ya no hace nada,—390

Dejarte debo, y á eso no se aviene

Mi corazón!

TAS.

¡Es ella misma, oh dioses!

Que hablando está contigo y te consuela.

¿Desconocer pudiste esta alma noble?

¿Cómo es posible que en presencia suya—395

Te atacase y venciese el desaliento?

¡No, no, tú eres, y ahora soy yo mismo!

¡Oh, sigue hablando, y todos los consuelos

De tu boca yo escuche! Tus consejos

No me niegues. ¿Qué debo hacer, ¡oh, dime,—400

A fin de que tu hermano me perdone,

Y hacerlo quieras tú también gustosa!

Y para que otra vez entre los vuestros

Me volváis á contar regocijados?

PRI. Lo que de ti pedimos es muy poco:—405

¡Sin embargo, parece demasiado!

Entrégate á nosotros con afecto.

No exigimos de ti lo que no eres,

Sino que estés contento de ti mismo.

Tú nos das, si la tienes, alegría,—410

Y sólo si huyes de ella nos afliges.

Y si también á impacientarnos llegas,

No es sino por querer ayuda darte

Y ver que toda ayuda es imposible

Si tú mismo, la mano que el amigo—415

Te tiende sin llegar á ti, no coges.

TAS. ¡Eres la misma que, cual ángel santo,

A mí se apareció la vez primera!

Perdona á la mortal turbada vista

Si te desconocí por un instante.—420

¡Ahora te reconoce! ¡Se abre el alma

A ti para adorarte sola siempre!

Mi corazón se llena de ternura.

¡Es ella! ¡Está ante mí! ¡Qué sentimiento!

¿Es un delirio que hacia ti me arrastra?—425

¿Es demencia ó un sentido muy más alto

Que toca la verdad suprema y pura?

El sentimiento es único que puede

Sobre la tierra hacerme venturoso;
 Es ¡ay! el que tan mísero me hacía—430
 Cuando de resistirle y arrojarlo
 Del corazón traté. Combatir quise
 Esta pasión. Contra lo más profundo
 De mí ser he luchado, destrozando
 Este ser, á quien toda perteneces. —435

PRI. Si he de seguirte oyendo, Tasso, debes
 Moderar ese fuego que me asusta.

TAS. ¿Contiene el borde de la copa el vino
 Que espumoso y chispeante se derrama?
 Cada palabra tuya, mi ventura—440
 Aumenta, y nuevo brillo da á tus ojos.
 Transformado me siento interiormente,
 De todo sufrimiento desprendido,
 Y libre como un dios. ¡Y á ti lo debo!
 De tus labios saliendo va, inefable—445
 Poder que me domina ¡Sí, tú me haces
 Todo tuyo! Desde ahora en adelante
 Nada del propio yo me pertenece.
 La luz, la dicha turba mi mirada
 Y mi sentido: en pie no me sostengo;—450
 Me atraes á ti por modo irresistible,
 Y á ti lo mismo el corazón me lleva;
 Me ganas para siempre en absoluto,
 ¡Y así es justo que tengas mi ser todo!
 (Coge á la Princesa y la estrecha entre sus brazos.)

PRI. (Rechazándole y retirándose precipitada.)
 ¡Atrás!

LEO. (Que desde algún tiempo se dejó ver en el fondo.)
 ¿Qué ha sucedido? ¡Oh, Tasso, Tasso!—455
 (Signe á la Princesa.)

TAS. (Disponiéndose á seguir las.)
 ¡Oh, Dios!

ALF. (Que hace rato viene acercándose con Antonio.)
 ¡El juicio pierde; sujetadle! (Vase.)

ESCENA V

TASSO. ANTONIO.

ANT. Si un enemigo de esos que tú crees
 Te cercan siempre, se encuentre ahora
 Al lado tuyo; ¡cómo triunfaría!
 ¡Desdichado! ¡No vuelvo de mi asombro!—460
 Cuando lo inesperado nos hallamos,
 Cuando una enormidad ven nuestros ojos,
 Quedan nuestros sentidos en suspenso
 For no hallar nada para compararlo.

TAS. (Después de largo silencio.)
 ¡Desempeña tu oficio! ¡Veo lo que eres!—465
 Del Príncipe mereces la confianza;
 Desempeña tu oficio, y pues que roto
 Para mí está el bastón, da, hasta que muera,
 Lento martirio. ¡Tira de la flecha,
 Para que sienta el gancho enfurecido—470
 Que me desgarrar!
 ¡Eres buen instrumento del tirano;
 Se carcelero; ayuda del verdugo!

So ¡Qué bien te sientan esos dos oficios!
 Es (Va hacia la escena.)
 Cu ¡Anda, tirano! Ni hasta el fin pudiste—475
 De Disimular siquiera. ¡Triunfa, triunfa!
 Es Meditados tormentos reservaste
 De Para tu bien encadenado esclavo.
 Es ¡Anda, que te detesto, y por completo
 Pri. Si El horror siento que la fuerza inspira—480
 Mo Cuando procaz, con injusticia ataca!
 Tas. ¿C ¿De suerte, que por fin me veo echado,
 Qu Desterrado de aquí como un mendigo?
 Ca (Después de una pausa.)
 Au ¿Y coronado me han, para llevarme
 Tra Ante el altar cual víctima, adornado?—485
 De ¿Y me tienden un lazo el postrer día
 Y l Con frases dulces, para apoderarse
 De De lo único que tengo: mi poema?
 Po Lo que para librarme yo del hambre
 To Conservaba, y me hubiera en todas partes—490
 Na Recomendado, ¡está ahora en vuestras manos!
 La Ahora ya sé por qué descansar debo.
 Y l ¡Un complot existe, y tú eres la cabeza!
 Me ¡Para que mi poema no se acabe,
 Y l Mi nombre no se extienda y mil defectos—495
 Me Mis envidiosos hallen, y á la postre
 ¡Y Olvidado yo quede en absoluto!
 (Co) Para eso debo acostumbrarme al ocio,
 Pri. (Re) Cuidarme y no gastar mis facultades.
 ¡At ¡Oh, amistad digna; caras atenciones!—500

Que la conjuración que me envolvía
 Sin cesar, era horrible, pensé siempre;
 Pero lo es mucho más de lo pensado.
 ¡Y tú, sirena, que me cautivaste,
 Tan tierna y celestial, te veo ahora—505
 Tal cual eres! ¡Oh, Dios, por qué tan tarde!
 Pero tenemos gusto en engañarnos
 Y honrar á los infames que nos lionran.
 Los hombres entre sí no se conocen:
 Sólo los condenados á galeras,—510
 Que en banco angosto encadenados gimen,
 Donde ninguno que pedir, ninguno
 Que perder tiene, aquellos se conocen.
 Cada cual se da allí por un malvado,
 Y por malvado al semejante tiene.—515
 Mas nosotros, corteses, para que otros
 No nos conozcan, no los conocemos.
 ¡Cuánto tiempo ocultó tu imagen santa
 De mí, la cortesana artificiosa!
 ¡La careta se cae, y veo á Armida—520
 Desprovista de encantos! Sí, tú eres
 Por adivinación la que he cantado.
 Y esa pequeña mediatriz astuta
 ¡Qué baja se aparece ante mis ojos!
 Oigo su andar menudo, y ese círculo—525
 Veo ahora, que, arrastrándose, seguía.
 A todos os conozco: esto me baste;
 Y aunque todo me quite la desgracia,
 Pues la verdad me enseña, aun la celebro.

So
Es
Cu
De
Es
De
Es
PRI. Si
Mo
TAS. ¿C
Qu
Ca
Au
Tr
De
Y l
De
Po
To
Na
La
Y
Me
Y
Me
¡Y
(Co
PRI. (Re
¡A!

ANT. Atónito te estoy oyendo, Tasso,—530
Por más que sé muy bien cuán tu vehemencia
Fácil te lleva de un extremo á otro.
Vuelve á tu juicio, y el furor reprime:
Calumnias y palabras te permites
Que perdonar á tu dolor se pueden;—535
Mas tú no puedes perdonarte nunca.

TAS. ¡Oh, no me hables con labios de dulzura
Ni oír me hagas de ti razón prudente!
Mi triste dicha déjame, no sea
Que vuelva al juicio y á perderlo vuelva.—540
De mi ser hasta el fondo, destrozado
Estoy. ¡Para sentirlo vivo solo!
La desesperación hizo en mí presa,
Y en el fuego infernal que me aniquila
Un grito de dolor es cada injuria.—545
Quiero marcharme; si eres justo, al punto
Pruébalo, permitiendo que me vaya.

ANT. Yo no he de abandonarte en este extremo:
Si la serenidad te falta, cierto
Que la paciencia á mí no ha de faltarme.—550

TAS. ¿Pero es que debo á ti entregarme preso?
Pues me entrego; con eso está hecho todo;
No opongo resistencia, y me conformo.
¡Y deja con dolor que te repita
Que era hermoso engañarme así á mí mismo!—555
¿Van á partir? ¡Oh, Dios! Ya de aquí veo
El polvo que levantan los carruajes:
Los jinetes delante. ¡Allá van ellos!

¡Allá van! ¿Y yo acaso no he venido?
¡Partieron! ¡Enojados van conmigo!—560
¡Si aun pudiese otra vez besar la mano
Del Príncipe; si adiós decir pudiese!
Y decirle una vez: ¡Oh, perdonadme!
Y—¡perdonado estás!—poder oírle.
Pero no lo oigo, no lo oiré nunca.—565
¡Quiero ir! ¡Déjame sólo despedirme,
Despedirme no más! A su presencia
Vuélveme un solo instante, ¡oh, sí! uno sólo:
Quizás me curaría. ¡No es posible!
¡Me rechazaron! ¡Desterrado he sido!—570
¡Me he desterrado yo: la voz aquella
A oír no volveré, ni la mirada
Encontraré ya nunca.

ANT. Deja que llegue á ti la voz de un hombre
Que no sin emoción está á tu lado.—575
No eres tan desgraciado como piensas;
Recóbrate; te abates con exceso.

TAS. ¿Pero tan desgraciado soy, tan débil
Como parezco, y te lo estoy probando?
¿Cambió todo? ¿El dolor ha convertido—580
Como un temblor de tierra, en espantoso
Montón de ruinas todo el edificio?
¿No me queda talento, de mil modos
Para que me distraiga y me contente?
¿Toda la fuerza que antes en mi seno—585
Vibraba, se extinguió? ¿Me he convertido
En absoluto, en nada?

So
Es
Cu
De
Es
De
Es
PRI. Si
Me
TAS. ¿C
Qu
Ca
An
Tr
De
Y
De
Pe
Te
Ne
La
Y
M
Y
M
¡Y
(C
PRI. (R
¡A

¡No, no; yo nada soy: allá está todo!
 ¡Se han llevado mi ser: me la han llevado!
 ANT. Tú que te crees perdido por completo.—590
 Compárate á otros, y lo que eres mira.
 TAS. Sí: tú me lo recuerdas á buen tiempo.
 ¿No habrá ejemplo en la historia que me ayude?
 ¿Ningún hombre eminente se me ofrece
 Que haya sufrido más que yo he sufrido.—595
 Cuya comparación me fortifique?
 ¡No; se acabó! Sólo una cosa queda:
 El llanto que nos da Naturaleza,
 El grito de dolor, cuando sufrirlo
 No puede el hombre ya. Y á mí sobre esto—600
 Dejóme la armonía y la palabra
 Con que lamente mis profundos males.
 Y aunque al hombre enmudece el sufrimiento,
 Me deja un dios que diga lo que sufro.
 (Antonio se acerca á él y le toma la mano.)
 Noble Antonio: tú estás callado y firme.—605
 Y yo parezco huracanada ola.
 Mas reflexiona y no te ensoberbezcas
 De tu fuerza. La misma poderosa
 Naturaleza que á esa roca afirma,
 Fué la que dió movilidad á la ola.—610
 Manda su tempestad y huye, vacila,
 Se hincha, se encorva y espumosa estalla.
 Reflejábase en ella el sol hermoso,
 Y en su seno, movido tiernamente,
 Tranquilas reposaban las estrellas.—615

Despareció el fulgor, huyó el reposo;
 Ya no me reconozco en el peligro,
 Ni ya de confesarlo me avergüenzo.
 El timón se rompió, y el buque cruje.
 Por todas partes siento que el tablado—620
 Falta bajo mis pies pedazos hecho,
 Y me cuelgo de ti con ambos brazos.
 Así á la roca en que chocar debía
 Aun se agarra con fuerza el marinero.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ERRATA

Página 18. El verso número 193 dice:

Amar su nombre, con el alma atada

Debe decir:

Que ame su nombre y tenga el alma atada

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El teatro de Goethe.....	v
Introducción.....	1
IFIGENIA EN TAURIDA.....	7
PROMETHEO.....	95
PANDORA.....	117
TORCUATO TASSO.....	163